

¿QUIÉN DEFIENDE AL NIÑX QUEER?

BEATRIZ
PRECIADO

Los adversarios de la propuesta de enmienda de ley de matrimonio homosexual y de la extensión de la adopción y de la procreación médicamente asistida a las parejas homosexuales manifestaron en Francia el 13 de enero de manera multitudinaria: más de 600000 personas juzgaron pertinente salir a la calle para preservar su hegemonía político-sexual. Este ha sido el mayor outing nacional de heterócratas. Católicos, judíos y musulmanes integristas, los católicos supuestamente “progres” representados por Frigide Barjot, la derecha liderada por François Copé, los psicoanalistas edípicos, los socialistas de la diferencia sexual e incluso buena parte de la izquierda radical se han puesto de acuerdo para hacer del derecho del niño a tener un padre y una madre el argumento central que permitiría limitar los derechos de los homosexuales. Sus últimas manifestaciones públicas se han caracterizado por los lemas injuriosos y por la violencia de sus “servicios de orden”. No es extraño que defiendan sus privilegios con un hacha de guerra en la mano. Lo que resulta filosófica y políticamente problemático es que lo hagan en nombre de la defensa de la infancia. sin embargo resulta inadmisibles que sean los niños los que tengan que llevar el hacha.

El niño que Frigide Barjot pretende proteger no existe. Los defensores de la infancia y de la familia invocan la figura política de un niño que construyen de antemano como heterosexual y género-normado. Un niño al que privan de la energía de la resistencia y de la potencia de usar libre y colectivamente su cuerpo, sus órganos y sus fluidos sexuales. Esa infancia que pretenden proteger está llena de terror, de opresión y de muerte.

Frigide Barjot juega con la ventaja de que al niño no se le considera capaz de sublevación política contra el discurso de los adultos: el niño sigue siendo considerado como un cuerpo que no tiene derecho a gobernar. Permítanme inventar retrospectivamente una escena de la enunciación, responder como el niño gobernado que fui un día y proponer otra forma de gobierno de los niños que no son como los otros.

Yo fui un día el niño al que pretende proteger Frigide Barjot. Y me sublevo ahora en nombre de los niños a los que su falacioso discurso se dirige.

Quién defiende los derechos del niño diferente? Los derechos del niño al que le gusta vestirse de rosa? De la niña que sueña con casarse con su mejor amiga? Los derechos del niño homosexual, del niño transsexual o transgénero? Quién defiende los derechos del niño a cambiar de género si así lo desea? Los derechos del niño a la libre autodeterminación de género y sexual? Quién defiende los derechos del niño a crecer en un mundo sin violencia de género y sexual?

El invasivo discurso de Frigide Barjot y de los protectores de los “derechos del niño a tener una madre y un padre” me devuelve tristemente al lenguaje del nacionalcatolicismo de mi infancia. Nací en la España franquista y crecí en una familia heterosexual católica de derecha. Una familia ejemplar que los Copeistas podrían erigir en emblema de la virtud moral. Tuve un padre y una madre que operaron virtuosamente como garantes domésticos del orden heterosexual.

En los actuales discursos franceses contra el matrimonio homosexual y la adopción y la procreación asistida reconozco las ideas y los argumentos de mi padre. En la intimidad del espacio doméstico, mi padre ponía en marcha un silogismo que invocaba la naturaleza y la ley moral y acababa justificando la exclusión, la violencia e incluso la muerte de los homosexuales, travestis y transexuales. Empezaba a menudo con “un hombre tiene que ser hombre y una mujer mujer, así lo ha querido dios,” continuaba con “lo natural es la unión de un hombre y una mujer, por eso los homosexuales son estériles”... Al final venía la implacable conclusión: “si tengo un hijo maricón lo mato.” Y ese hijo era yo.

El niño que Frigide Barjot pretende proteger es el efecto de un insidioso dispositivo pedagógico, el lugar de proyección de todos los fantasmas, la cuartada que permite al adulto naturalizar la norma. La biopolítica es vivípara y pedófila. Está en juego el futuro de la nación heterosexual. El niño es un artefacto biopolítico que permite normalizar al adulto. La policía de género vigila las cunas para transformar todos los cuerpos en niños heterosexuales. O eres heterosexual o lo que te espera es la muerte. La norma hace la ronda alrededor de los recién

nacidos, reclama cualidades femeninas y masculinas distintas a la niña y al niño. Modela los cuerpos y los gestos hasta diseñar órganos sexuales complementarios. Prepara e industrializada la reproducción, de la escuela al parlamento. El niño que Frigite Barjot pretende proteger es el hijo de la máquina despótica: un naturalista miniaturizado que hace campaña por la muerte en nombre de la protección de la vida.

Recuerdo el día en el que en mi colegio de monjas Reparadoras, la madre Pilar nos pidió que dibujáramos nuestra familia en el futuro. Tenía siete años. Me dibujé en pareja con mi mejor amiga Marta, con tres hijos y varios gatos y perros. Yo había diseñado mi propia utopía sexual en la que regía el amor libre, la procreación colectiviza, en la que los animales gozaban de estatuto humano.

Pocos días después, el colegio envió una carta a mi casa aconsejando a mis padres que me llevaran a visitar a un psiquiatra para atajar cuanto antes un problema de identificación sexual. La visita al psiquiatra vino acompañada de fuertes represalias. Del desprecio de mi padre y de la vergüenza y la culpabilidad de mi madre. Se extendió en el colegio la idea de que yo era lesbiana. Una manifestación de Copeistas y Frigide Barjotianos me esperaba cada día al salir de clase. “Putita tortillera”, me decían, “Te vamos a violar para enseñarte a follar como Dios manda.” Tuve padre y madre y sin embargo no fueron capaces de protegerme de la represión, del oprobio, de la exclusión y de la violencia.

Lo que mi padre y mi madre protegían no era mis derechos de “niño” sino las normas sexuales y de género que ellos mismos habían aprendido con dolor a través de un sistema educativo y social que castigaba toda forma de disidencia con la amenaza, la intimidación e incluso con la muerte. Tuve padre y madre pero ninguno de ellos pudo proteger mi derecho a la libre autodeterminación de género y sexual.

Yo huí de ese padre y esa madre que Frigide Barjot hubiera querido para mí, porque de ello dependía mi supervivencia. Así que aunque tuve padres, la ideología de la diferencia sexual y de la heterosexualidad normativa me privó de ellos. Mi padre se vio reducido a un representante represivo de la ley de género. A mi madre la despojaron de toda función que excediera la de útero gestante y reproductor de la norma sexual. La ideología de Frigite Barjot (articulada entonces por el nacionalcatolicismo franquista) me privó del derecho a tener un padre y una madre que pudieran amarme y protegerme.

Nos ha costado muchos años, muchas broncas y muchas lágrimas superar esa violencia. Cuando el gobierno socialista de Zapatero propuso en 2005 la ley del matrimonio homosexual, mis padres, que siguen siendo católicos practicantes y de derecha, votaron socialista por primera vez en sus vidas. No lo hicieron únicamente por defender *mis* derechos. Sino por su propio derecho a ser padre y madre de un hijo no-heterosexual. Por su derecho a la paternidad de *todos* los hijos, independientemente de su género, sexo, u orientación sexual. Mi madre confiesa que fue ella la que arrastró a mi padre, más reticente, hasta a la manifestación y a las urnas. Me decía: “Nosotros también tenemos derecho a ser tus padres.”

No nos engañemos. Los manifestantes del 13 de enero no defienden los derechos del niño. Protegen el poder de educar a sus hijos en la norma sexual y de género, como presuntos heterosexuales, dándose el derecho de discriminar toda forma de disenso o desviación.

Lo que es preciso defender es el derecho de todo cuerpo, independientemente de su edad, de sus órganos sexuales o genitales, de sus fluidos reproductivos y sus órganos gestantes, a la autodeterminación de género y sexual. El derecho de todo cuerpo a no ser educado exclusivamente para convertirse en fuerza de trabajo o fuerza de reproducción. Es preciso defender el derecho de los niños a ser considerados como subjetividades políticas irreductibles a una identidad de género, sexual o racial.

París, 13 de enero 2013